

VIII.

Es inútil la lucha, y hace en vano
 Esfuerzo sobrehumano
 Para evitar el insondable abismo,
 Que la llama, la arrastra y la fascina
 El alma, que camina
 La misma siempre y sobre el mundo mismo.

IX.

Allí Sor Magdalena, retraída,
 La congojosa vida,
 Que secreto dolor constante amarga,
 Divide austera en el asilo santo
 Entre oración y llanto,
 Que hacen más dura la tremenda carga.

X.

En su primer amor fué tan constante,
 Tan tierna y tan amante,
 Que al sentir el inmenso desconsuelo
 Del primer desengaño, arrebatada,
 Y ciega y despechada,
 Celebra eternas nupcias con el cielo.

XI.

Mas sin hallar descanso ni reposo,
 Del celestial esposo
 Cambia la forma y equivoca el nombre,
 Y al invocarle ardiente en su amargura,
 Le sueña en su locura
 Con las formas fantásticas de un hombre.

XII.

Del hombre mismo que su fe quebranta
 Cuya imagen levanta
 Sobre ancho pedestal de amor inmenso,
 Lo mismo en la sonrisa que en el lloro,
 En el altar y el coro
 Y entre las blancas ondas del incienso.

XIII.

Nunca puede alcanzar que la abandone,
 Y siempre se interpone
 Entre ella y Dios cual sombra temeraria,
 Y apasionadas frases le provoca
 Que salen de su boca,
 Mezclándose á la mística plegaria.

XIV.

Sueña escuchar palabras seductoras
 En las calladas horas
 En que del templo en la tranquila nave
 Resbalando en los ámbitos oscuros
 Sobre los viejos muros
 Alza el viento rumor pausado y grave.

XV.

Á veces tentadoras armonías
 De fiestas y alegrías,
 Alzándose confusas y lejanas,
 Entran á perseguirla hasta su lecho,
 Asaltando el estrecho
 Paso que dan al aire las ventanas.

XVI.

Entonces con la fiebre del delirio
 Doblando su martirio,
 Se siente transportada á los salones
 Donde luciendo gala y gentileza,
 Es imán su belleza
 De ardientes y viriles corazones.

XVII.

La atmósfera candente y perfumada
 Respira enamorada,
 Siente el nervudo brazo en su cintura
 Que en la ligera danza la sostiene,
 Y hasta su frente viene
 El suspiro que arranca su hermosura.

XVIII.

Oye las frases del amor que hechizan,
 Frases que se deslizan
 Y encienden en su pecho ardiente llama,
 Y arrebatada y ciega y delirante
 Siente en aquel instante
 Fuego que por sus venas se derrama.

XIX.

Resuena en tanto en la mansión tranquila
 La destemplada esquila,
 Que al rezo convocando la despierta,
 Y arranca de sus labios un gemido
 Al mirar convertido
 Soñado bien en desventura cierta.

XX.

Una hermosa mañana, desde el coro,
 El órgano sonoro
 Por las augustas naves derramaba
 De voces la corriente fugitiva
 Que en la calada ojiva
 Los pintados cristales agitaba.



XXI.

Monótono y tristísimo murmullo,
 Como lejano arrullo
 Levantado por voces misteriosas,
 Y dando de piedad muestra y ejemplo,
 Se escuchaba en el templo
 El rezo de las santas religiosas.

XXII.

Del alba pura á la primer sonrisa
 Comenzaba la misa,
 Y en el fondo del templo, arrodillado
 En humilde actitud, baja la frente,
 Á la oración ferviente
 Un apuesto doncel yace entregado.

XXIII.

Inmóvil y tan cerca de la reja
 Una estatua semeja,
 Ejemplo mudo del orgullo humano,
 Que con el arte pretendió altanero
 Recordar al guerrero
 Sobre la humilde fosa del cristiano.

XXIV.

Bajo los pliegues del tupido velo,
 Fuerzas pidiendo al cielo,
 Que ya le faltan en la lucha fiera,
 Repasa Magdalena en sus congojas
 Las amarillas hojas
 Del viejo libro en que rezar quisiera.

XXV.

Absorta con su propio pensamiento,
El agitado viento,
Cruzando las estrechas celosías,
Llega á su faz, trayendo de la nave
Un perfume süave,
Encantador recuerdo de otros días.

XXVI.

Como herida de un rayo, palpitante
Alza el rostro anhelante,
Porque el perfume aquel es su perfume;
Mil veces lo aspiró cuando á su lado,
Galán y enamorado,
La pasión le inspiró que la consume.

XXVII.

¡Qué infinitos recuerdos en su pecho,
Como huracán deshecho,
Despierta aquella ráfaga perdida!
Todo el pasado surge en su memoria,
Y olvidando la gloria,
Á su antigua pasión torna vencida.



XXVIII.

Sobre la reja la encubierta frente
Reclina febrilmente,
Y despidiendo rayos, su mirada
Se clava al fin como puñal de acero,
Del gentil caballero
En la faz dolorida y conturbada.

XXIX.

Él es: sus penas, al mirarle, entiende,
 Y adivina y comprende
 Que si en su rostro la profunda huella
 Se marca del dolor, y si rendido
 Hasta el templo ha venido,
 Es por ella no más, no más por ella.

XXX.

En ese rapto de pasión no alcanza
 Más risueña esperanza
 Que del claustro romper los férreos lazos,
 Y lanzándose al mundo en raudo vuelo,
 Ir á buscar el cielo
 Expirante de amor entre sus brazos.

XXXI.

Terrible la impaciencia la devora;
 Fugaz pasa la hora
 Destinada á los rezos matinales;
 Se concluye la misa, y lentamente
 Silenciosa la gente
 Va cruzando del templo los umbrales.

XXXII.

El último devoto desaparece,
 Y sólo permanece,
 Como perdido en la anchurosa nave
 Junto á la reja, inmóvil y severo,
 El gentil caballero
 De noble porte y continente grave.

XXXIII.

Reconcentrado en su pensar profundo,
 Olvidado del mundo,
 Y en hondas reflexiones sumergido,
 Escucha ya del éxtasis despierto
 Leve rumor incierto
 Que baja desde el coro hasta su oído.

XXXIV.

¿Es un vago suspiro de ternura?
 ¿Un eco de amargura?
 ¿De ignorado dolor errante queja
 Que exhala como místico perfume
 Alma que se consume
 Allá detrás de la inflexible reja?.....

XXXV.

Vuelve el rostro el mancebo, y con espanto,
 Bajo del velo santo,
 Apartado con mano convulsiva,
 Contempla marchitada por la pena
 La faz de Magdalena
 Y su mirada ardiente y expresiva.

XXXVI.

Apenas conteniéndose, sofoca
 El grito que á su boca
 Arranca la sorpresa, y sin aliento,
 Y como el árbol por el rayo herido,
 Vacila conmovido,
 Perdiendo en sombras vista y pensamiento.

XXXVII.

Inmóviles los dos, con las miradas
 Uno en otro clavadas,
 Extáticos y absortos permanecen;
 Hasta que ya las solitarias naves
 Con los ecos süaves
 De la última plegaria se estremecen.

XXXVIII.

Entonces, como huyendo del abismo,
 Con terrible heroísmo,
 Se aparta Magdalena de la reja
 Sin volver la mirada; y presa en tanto
 De repentino espanto,
 Con raudos pasos el doncel se aleja.

XXXIX.

¿Qué horrible tempestad se precipita,
 Y conmueve y agita
 De Magdalena el alma sin ventura
 Que se siente arrastrada en su camino
 Por fiero torbellino
 De negro abismo hasta la sima obscura!

XL.

Nunca con más pasión, ni más intenso
 Aquel cariño inmenso
 Encendiendo su ser, mostró á sus ojos
 Fantasma de ilusión tan palpitante
 Que busca delirante
 Besos candentes en sus labios rojos.

XLIX

Ya se sueña feliz, cuando violento
Clava el remordimiento
Sus garras en el pecho dolorido,
Y ofusca la ilusión, y es tan agudo
Aquel dolor, que rudo
Arranca de sus labios un gemido.

XLII.

Como del puerto al encendido faro
En demanda de amparo,
Ante la imagen pura de María,
Atribulada por creciente pena,
Se arroja Magdalena
Implorando favor en su agonía.

XLIII.

Desfallecida, ante el altar de hinojos,
Y los nublados ojos
Con ardiente fervor alzando al cielo,
Á la madre de Dios envía el alma
Para pedirle calma
Y en su santo cariño hallar consuelo.



XLIV.

Y piensa que descubre, aunque de lejos,
Los pálidos reflejos
De inexplicable y mística ventura,
Y oye voces que pasan murmurando,
Apacibles calmando
Su agitación febril y su amargura.

XLV.

En su pecho renace la esperanza;
Se imagina que alcanza
Á extinguir la pasión que la devora,
Y de súbito se alza más terrible,
Mostrándose invencible
Atizando su llama hora por hora.

XLVI.

En tan hondo penar, en tal fatiga,
Y sin que mano amiga
Le preste apoyo en la mortal dolencia,
Llega la noche con su negro manto
Acreciendo el espanto
De las sombras que envuelven la conciencia.

XLVII.

Pero del alba al pálido reflejo,
Con su grato cortejo
De ilusiones fantásticas, triunfante
Vuelve el amor, y corre Magdalena,
Olvidando la pena,
Hasta la reja en busca de su amante.



XLVIII.

Se abre del templo la crujiente puerta,
Y en la nave desierta
El apuesto galán entra el primero:
Cruza frente al altar, su faz humilla,
Y luego se arrodilla
Junto á la reja, pálido y severo.

XLIX.

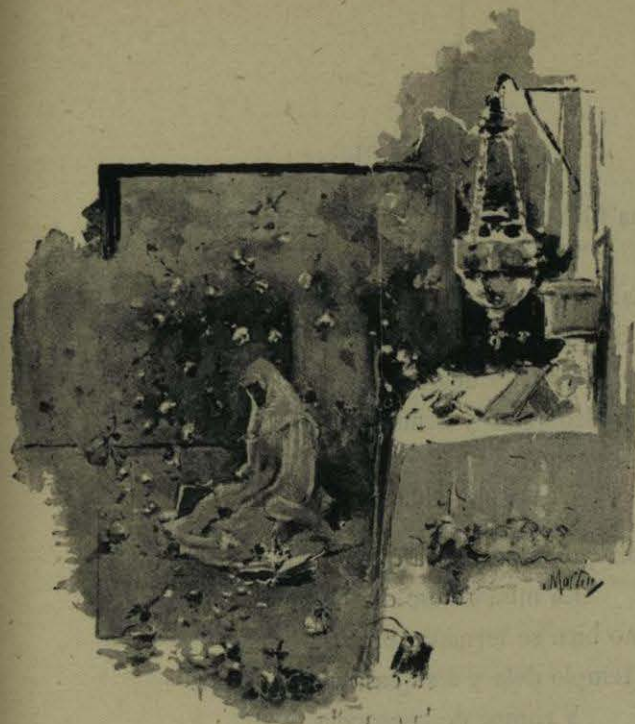
El alma en la mirada reconcentra,
Y procura y encuentra
Fulgurantes y límpidos los ojos
De Magdalena, y grata una sonrisa
Que dibuja indecisa
Plácido amor entre sus labios rojos.

L.

Y así se pasan uno y otro día;
Ella en la celosía,
Ardiente, apasionada, insaciable;
Él de hinojos, inmóvil, arrobado,
Al delirio entregado
Del éxtasis más puro é inefable.

LI.

Ahoga Magdalena en su demencia
La voz de la conciencia;
No lucha más; cesó el remordimiento,
Y á la encantada luz de sus amores
Ve cubrirse de flores
El obscuro recinto del convento.



LII.

Un mundo de placer halla en sí misma;
Se confunde y se abisma
En la imagen del hombre que es su sueño,
Y al sentir de su amor los fuertes lazos,
Mirarle entre sus brazos
Es su sola ambición, su solo empeño.

LIII.

Una tibia mañana, y cuando apenas
 Tranquilas y serenas
 Las luces de la aurora iban brotando,
 El doncel, que del coro no se aparta,
 Ve caer una carta,
 Que alzó ligero y ocultó temblando.

LIV.

¡Con qué impaciencia que termine ansía
 La misa de ese día!
 Y no bien se termina, presuroso
 El templo deja y á su casa vuela,
 Y rompe de la esquela
 El nuema perfumado y misterioso.

LV.

«Sol de mi vida, mi constante anhelo,
 Aurora de mi cielo
 —Dice la carta—el vértigo me ciega;
 En vano lucho por buscar la calma;
 Ven á obtener la palma
 De esta mujer que á tu pasión se entrega.

LVI.

No vaciles, no temas: de este abismo
 Arráncame tú mismo;
 En esta noche y al sonar la una,
 Por la tapia que mira al Occidente
 Escala, que impaciente
 En mis brazos te aguarda la fortuna.

LVII.

Feliz te seguiré; por ti desprecio
 Cuanto en el mundo necio
 Empeño ardiente ó ambición inspira,
 Nada, contigo, nada me acobarda;
 Ven presto, que te aguarda
 No Magdalena ya, sino tu *Elvira*.

LVIII.

En un inculto, abandonado huerto,
 Pavoroso y desierto,
 Que enmarañada envuelve la maleza
 Y que pendiente y elevado muro
 Le sirve de seguro,
 Dando al convento linde y fortaleza,

LIX.

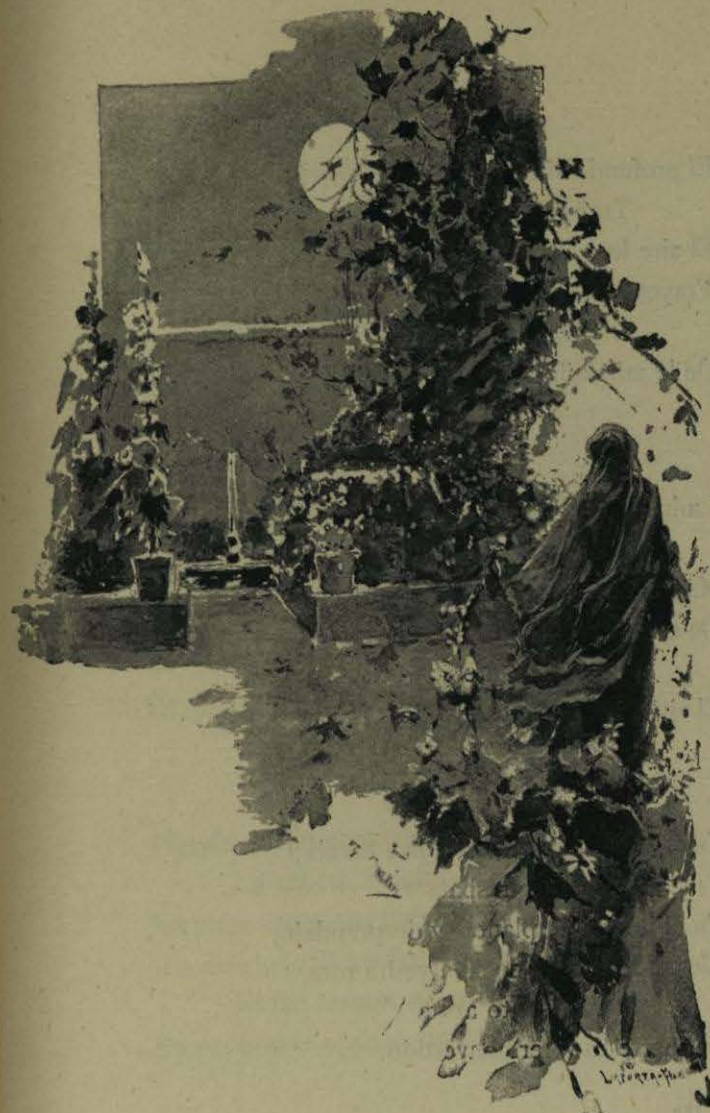
Aquella noche y al sonar la una,
Y cuando ya la luna
Pálida y al ocaso se avecina,
Leve rumor se escucha y, cautelosa,
Una sombra medrosa
En la vaga penumbra se adivina.

LX.

Es Magdalena: con febril empuje,
La maleza, que cruje,
Rompiendo va para llegar ligera
Hasta el pie de la tapia, y palpitante
El anhelado instante
Allí, temblando, entre la sombra espera.

LXI.

Dejó ya la sagrada vestidura,
Símbolo de clausura;
En negro manto su belleza envuelve;
Que ya de su pasión el desvarío,
En su anhelar impío,
A romper con el cielo la resuelve,



LXII.

El profundo silencio de aquel huerto
 Turba tan sólo, incierto,
 El aire leve, con sus vagas ondas
 Trayendo el eco de rumor lejano,
 Ó sacudiendo ufano
 De la arboleda las movibles frondas.

LXIII.

La luna en el ocaso se sepulta,
 Y entre la sombra, oculta
 Magdalena impaciente y esperando,
 De súbito se yergue y se estremece;
 Que su amante aparece
 El altísimo muro coronando.

LXIV.

Cuelga el doncel la movediza escala;
 Pero torpe resbala
 En el musgo su planta, y desprendido,
 Llevando en pos de sí la yedra rota,
 El pavimento azota
 En inerte cadáver convertido.

LXV.

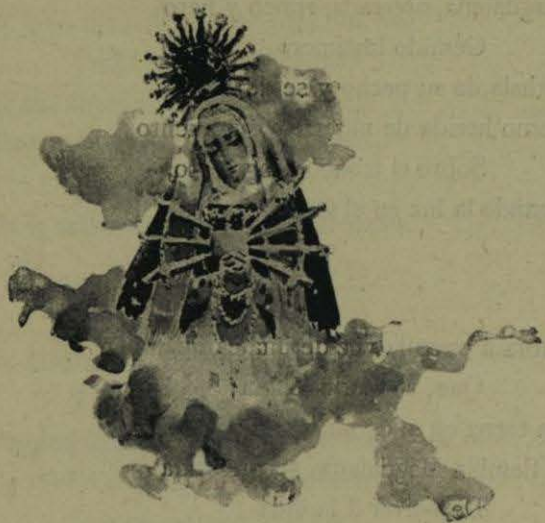
Magdalena, aterrada, ronco y fiero
 Gemido lastimero
 Exhala de su pecho y se desploma,
 Como herida de muerte y sin aliento
 Sobre el tronco sangriento,
 Cuando la luz en el Oriente asoma.

LXVI.

Vibra á poco la voz de una campana,
 Que, sonando lejana,
 La torna en sí de su mortal letargo,
 Y tiembla Magdalena, sorprendida
 De volver á la vida
 En tanto duelo y trance tan amargo.

LXVII.

Tímida en derredor mira y se espanta.....
 La cabeza levanta.....
 Errantes vagan sus turbados ojos.....
 ¿Es delirio? ¿Es verdad? Ni está en el huerto
 Ni del amante muerto
 En sus brazos oprime sus despojos.



LXVIII.

Es aquella su celda, aquel su lecho
 Incómodo y estrecho;
Su mesa y su sitial de tosco encino,
Y el cuadro de la imagen de María,
 Difundiendo alegría
El resplandor de su mirar divino.

LXIX.

Y todo lo contempla absorta, muda,
 Y la espantosa duda
Se agita en su cerebro y la sofoca;
Siente que débil la razón le falta,
 Y de su lecho salta
Delirante, turbada, como loca.

LXX.

En la celda la luz de la mañana
 Por la estrecha ventana
Se desliza apacible: Magdalena,
De la duda tenaz en el empeño,
 Pensando que es un sueño,
Corre á la iglesia, de esperanza llena.

LXXI.

Él debe estar allí: ella le busca,
 Y su razón se ofusca,
Porque ni está, ni llega, y terminada
La santa ceremonia, ya la gente
 Se aleja lentamente,
Y llora la infeliz atribulada.



LXXII.

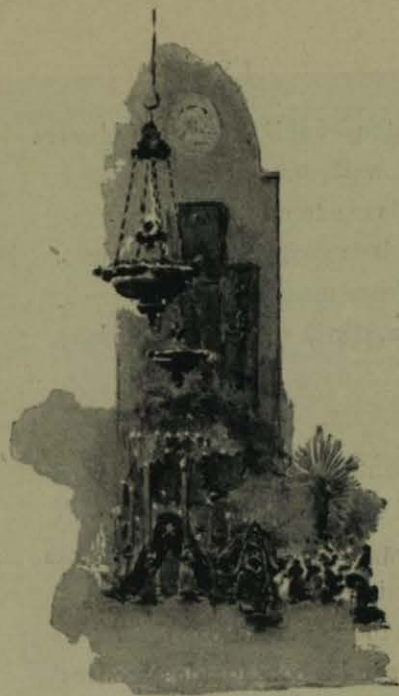
Vuela entonces al huerto, y allí observa
Con pavor que conserva
Sus pisadas la arena removida,
Destrozada la yedra, y junto al muro
Triste manchón obscuro
De hierba, por la sangre enrojecida.

LXXIII.

En espantosa confusión no acierta
Si soñando ó despierta
Está en aquel instante, y dan entonces
De la iglesia en el alto campanario
El toque funerario
En triste son los consagrados bronce.

LXXIV.

De allí se aparta vacilante y ciega,
Y cuando al templo llega
La dicen que la víspera en un duelo
Álvaro sucumbió; que del convento
Bienhechor opulento
Sus plegarias por él levante al cielo.



LXXV.

Pocos años después aún se veía
Al despuntar el día,
Tras la reja del coro arrodillada,
Semejante á fantasma silenciosa,
Humilde religiosa,
Muda, pálida, triste y demacrada.

LXXVI.

Era Sor Magdalena; su existencia,
Por oculta dolencia
Sin tregua ni descanso combatida,
Se agotaba fugaz, sin el consuelo
De explicarse en su anhelo
El terrible secreto de su vida.

